

Marta conduce su Mercedes todoterreno bajo los efectos de las drogas que tomaba diariamente para soportar tanto sufrimiento.

Lo de sus ansiolíticos y antidepresivos era como el alcohol de los obreros o la heroína de los yonquis, pero con prescripción médica.

La cocaína, sin embargo, y de ahí su elevado precio, la consumían los maltratadores. El sadomasoquismo, la crueldad extremada, era la ley moral del nuevo dios de la humanidad, el capital.

Ella, a cambio de recibir sus dones, se doblegaba constantemente ante él.

El precio que pagaba por prescindir del alma, de la inteligencia, la naturaleza en definitiva, era vivir en un cuerpo torturado y deforme.

Comía basura, pues no cocinaba.

A comer Jabugo era a lo máximo a lo que podía aspirar culinariamente.

Claro, de ahí los motones de celulitis que rodeaban sus muslos, que eran el castigo que la verdadera diosa, la naturaleza, le ofrecía.

Comer bien es lo único verdaderamente importante para vivir y disfrutar de la vida.

El dinero no sirve para nada realmente al margen de eso.

Pero la muy ignorante, se alimentaba sólo de guarradas.

De ahí su malestar físico y metafísico, pues la base de su existencia se encontraba resquebrajada.

Estaba tan engañada por el demoníaco materialismo, que no se daba cuenta de que los miles de euros que había invertido en tratamientos adelgazantes o en terapias psicológicas, nunca le habían servido para nada.

Se levantaba a las seis y trabajaba contado billetes horas y horas sin ver la luz del sol, aún cuando las cuentas corrientes de sus padres estaban a rebosar.

Su padre, cobrando un salario estatal, una vez logrado un puesto fijo en la universidad, había empleado toda su capacidad intelectual para especular con el dinero de sus suegros.

Y ella, siguiendo el ejemplo de sus antepasados y progenitores, nunca jamás había sido generosa con nadie, y menos aún consigo misma.

Si podía aguantar sin comer, o con un sándwich, para ahorrar en comida, lo hacía.

Luego sí, se iba a Prada, a comprarse bolsos que costaban un verdadero dineral.

O ese coche, que le habría costado más de cincuenta mil euros, no le parecía caro porque el valor de la mercancía había eclipsado los verdaderos valores de la humanidad, como el saber o el sabor, pues eran intangibles.

Con el dineral que tenía, bien podría dejar ese trabajo infame y haber viajado con su pareja por el mundo entero.

Podría, al menos, haberle comprado chuletones, para que él pudiera satisfacer su voracidad sexual sin necesidad de ponerse ciego de farlopa.

Y si le hubiera permitido alimentarse como es debido, con esa necesidad básica satisfecha, seguro que él hubiera logrado sacar fuerzas de flaqueza para formar una banda de jazz, tal como siempre había soñado.

Para materializar nuestros deseos, lo primero que necesitamos es estar bien nutridos.

Si no, como era el caso, el espíritu flojea.

De ahí sus depresiones, y las de su propia madre.

Su padre, dado que se alimentaba medianamente bien en el comedor de los profesores, se encontraba en un mejor estado físico y psicológico.

Esa tarde, precisamente, no había comido nada, y a punto estaba de perder el conocimiento.

Se encontraba muy mal, pero como su madre la había llamado gimoteando, a duras penas conduce su tanque de guerra capitalista por la A-6.